



Para celebrar la terminación de la carrera de maestro, Amadeo Martorell salió con sus amigos a pescar, con bastante suerte.

VIDAS HUMILDES PANADERO, CAMARERO DEL "MOULIN ROUGE", DOCTOR EN MEDICINA...

La bonita villa se destaca sobre la montaña, en medio de kilómetros de olivos y viñedos. Por eso, a Vendrell, que es el "quiquiriquí" de veintisiete pueblecitos comarcanos de la provincia de Tarragona, ricos agricolamente, lo señalan así: *Vendrell fas aulo de garrofa i vi novell*. Lo que quiere decir que en él abundan el aceite, los algarrobos y el vino nuevo.

Pero Vendrell es, además, cuna de hombres esclarecidos. En Vendrell nacieron Angel Guimerá, Pablo Casals y Jaime Carner, el compositor Bienvenido Socias, el historiador Vidales, el popular sainetero y poeta Ramón Ramón, el *leader* comunista Andrés Nin y el doctor Amadeo Martorell, que es un caso de perseverancia y voluntad realmente admirable, del que les voy a hablar a ustedes.

Se sostuvo a sí mismo, primero con el trabajo de sus manos, hasta que pudo sostenerse más tarde con el trabajo de su inteligencia. El conoce como nadie el duro sentido de la frase "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". Porque el doctor Martorell, hace aún muy pocos años, era un obrero panadero, débil y tímido, que fué conquistando paso a paso, con el corazón apretado y su propia laboriosidad, los títulos de maestro, de bachiller, de odontólogo puericultor, de médico, y ahora, en el pasado mes de septiembre, el doctorado en Medicina y Cirugía.

Sin amigos, sin patrocinadores y sin dinero, en vez de asustarse y detenerse, determinó seguir adelante y ser algo en la vida. Su madre murió antes de que cumpliera los dos años, y a su progenitor el disgusto le agrió mucho el carácter.

—Como mi padre—empieza—pasaba el día la-

brando la tierra, mis tres hermanos y yo quedábamos abandonados a una mujer que cuidaba de la limpieza de la casa. Diariamente, los vecinos se quejaban a mi padre de nuestras travesuras, precisamente en una época en que la floxera acabó con el viñedo y la tranquilidad de aparceros y propietarios. Los golpes y la alimentación deficiente en la edad del crecimiento me transformaron en una criatura esmirriada, de color céreo, pelada crónica, que me dejaba sin cabello, abscesos y tumores que me daban un aspecto bastante desagradable.

A pesar de esto, al enfermizo muchachillo le obligaban a levantarse al rayar la luz del día, para hacer de pastor, vigilando en el monte un rebaño de corderos.

—Iba a la escuela a las nueve —prosigue—, y salía a las doce en punto. Recogía el capazo con el almuerzo de mi padre y, ¡hala!, monte arriba, marchaba durante una hora larga de camino hacia la finca en que desbrozaba terrones. Regresaba al pueblo a todo correr, volvía al colegio, y después, por vía de diversión, vuelta al pastoreo con el ganado.

La inferioridad física de Amadeo le llenaba de coraje y de rencor. Cualquier palabra despectiva le incitaba a la lucha y a la pelea,

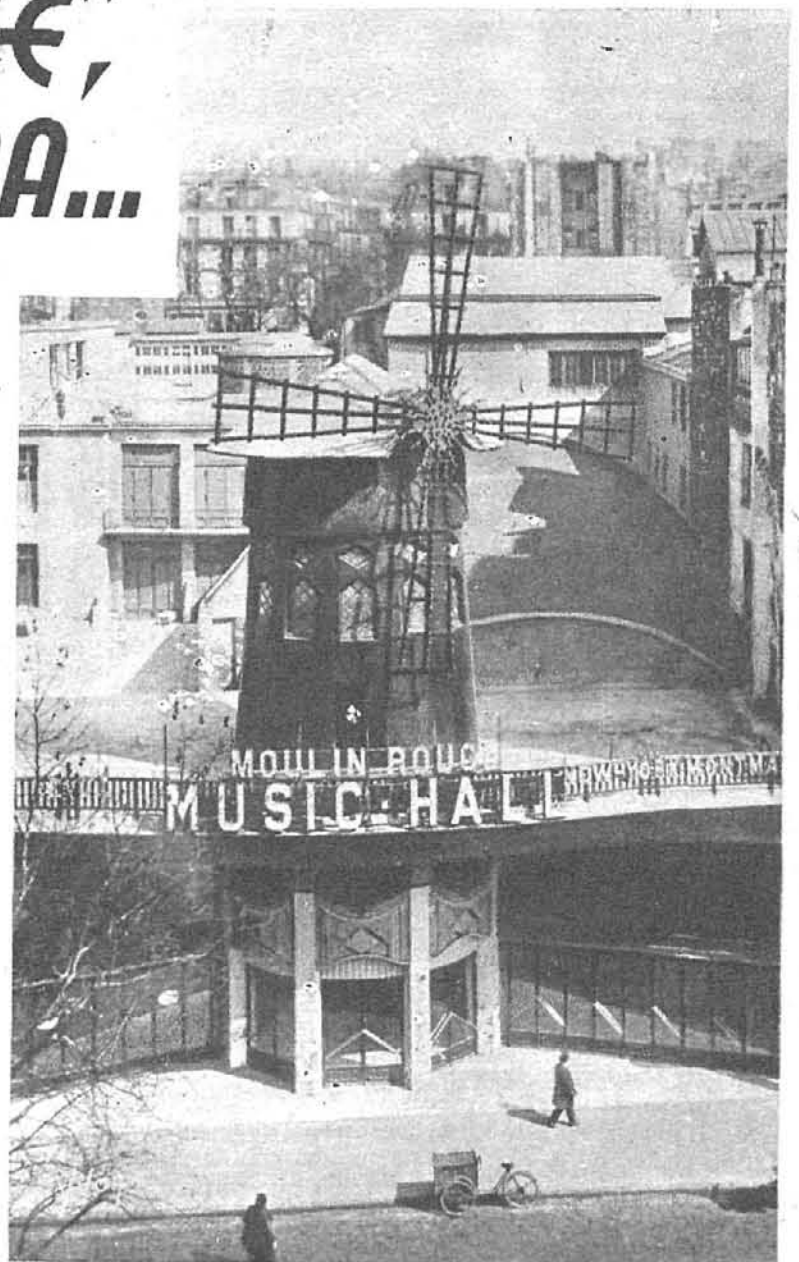
—A consecuencia de mi calvicie en el centro de la cabeza, lucía un círculo limpio. Aquello era motivo de burlas, que dirimía a mamporros. En una ocasión, me peleé brutalmente con un muchacho que no cedía en sus pullas. Fui a su casa y se lo dije a sus padres. Desde el último piso del inmueble espía mi salida. Al poner los pies en la calle dejó caer desde lo alto un ladrillo con tal certeza, que me derrumbó sin conocimiento. De la tremenda y profunda herida brotaba la sangre a chorros. Recobradas las fuerzas, sin preocuparme de la hemorragia, llené los bolsillos de piedras, y cuando, a la luz de un quinqué, se disponía a cenar la familia de mi enemigo, comencé a arrojarles piedras, rompiendo todos los cristales. Mi cólera no se aplacó hasta que el quinqué se descolgó dentro de la cazuela, dejándolos sin luz y sin comida.

Sin embargo, su conducta como escolar era el reverso de la medalla. Nunca tuvieron que reprenderle, aventajando con su aplicación a los alumnos de los grados superiores.

A los diez años, su padre le forzó a entrar de aprendiz de panadero, ganando un jornal de cinco pesetas mensuales y la manutención, oficio en el que cumplió los veintidós. Andaba débil y enfermo. No podía trabajar.

—Un día, siendo oficial, el patrón panadero, observando las dificultades que tenía para alzar un saco de harina, me increpó violentamente: "Si a tu edad no puedes con el pan que comes, hazte fraile." Mi afición a leer obras literarias y filosóficas me promovió serios disgustos y el ser despedido de muchas casas. El hijo de un patrono contaba las hojas que diariamente leía. Luego se lo comunicaba a su padre: "Hoy, Amadeo leyó tantas páginas." El positivo panadero contestaba malhumorado: *Dema, pasterada segura*. Y, efectivamente, quemaba algunas hornadas de pan, o lo elaboraba sin sal.

Conoció a un joven panadero que hacía pinitos



El viejo Moulin Rouge, de Montmartre, se transformó mucho después de la guerra. Allí y en Tabarin fué camarero el hoy doctor en Medicina.



El doctor Martorell enseña a su hijo la calle donde trabajó como panadero en una tahona.

literarios. Era hijo de un procurador de los Tribunales. Debajo de la casa se hallaba instalado el horno. Le tomó de oficial, y a ratos perdidos el procurador le encargaba la copia de documentos curiales, y de noche, en los descansos de la elaboración del pan, el patrono, Juan Rovira, establecido actualmente en San Sadurn de Noya, le recitaba ingenuas poesias escritas por él.

—Me compré una Retórica para estudiar y componer. Ganaba cuarenta pesetas mensuales, de las cuales entregaba a mi padre veinticinco. Tenía ya veintitún años, y con los tres duros que me quedaban, había de satisfacer mis ansias y aspiraciones. Cansado y enfermo, decidí marchar al extranjero. Llegué a París con treinta francos.

—¿Conocía usted el francés?

—Habla esperanto a la perfección. Pude colocarme de mozo en el Hôtel du Globe, de la rue du Monge, albergue de esperantistas internacionales. El sueldo resultaba tan mezquino que busqué otro empleo: mozo en el Moulin Rouge, y más tarde, en el Restaurant Tabarin, ocupado en la sección de lavar vasos y abrir ostras, trabajo nocturno—de diez de la noche a cinco de la madrugada—que me permitía ir por las mañanas al Instituto. Dedicaba unas horas a descansar por las tardes, ponía en limpio las notas



Entonces, cuando no podía con un saco de harina, era así el doctor Martorell.

VALOR

EL DOLOR

ENVEJECE

A nadie le gusta aparentar más años de los que tiene. Al contrario, nos halaga si nos toman por más jóvenes. Y, por desgracia, el dolor nos hace parecer **MÁS VIEJOS**. Seamos, pues, consecuentes, tomando una o dos tabletas de **Cafiaspirina**, cuando nos aqueje un dolor. **Cafiaspirina** quita el dolor más rebelde en seguida y nos devuelve el completo bienestar y la alegría de vivir.



Cafiaspirina

EL PRODUCTO DE CONFIANZA

del Liceo y estudiaba. Lo mismo hacía de noche, si el trabajo lo permitía.

Seis años sin interrupción y con igual firmeza hizo esa vida Amadeo Martorell.

No conocía París, ni le nublaban ningún deseo. Triunfar en el estudio era su única ilusión.

—Regresé a España, y a los veintisiete años hice el examen de ingreso en la Escuela Normal de Maestros de Tarragona. Unos obreros a quienes enseñara esperando me proporcionaron colocación en la Barceloneta, en calidad de maestro particular. Dejaban parte de su salario para el sostenimiento de la escuela. Me correspondían diez y ocho duros, pero me sentía satisfecho. La alegría duró poco tiempo. Clausuraron la escuela por ejercicio ilegal de la profesión. No me quedaba otro recurso que volver a la panadería. La idea me horrorizaba. Conseguí empleo en un almacén de accesorios automovilísticos, estableci-



En esta calle típica del viejo París, en Montmartre, vivió Martorell y estudió pensativamente, día tras día.

do en el paseo de Gracia. Una tarde me encontré un alumno, que iba con su padre. Al verme de blusa y un neumático en cada hombro, exclamó: "Papá: el señor maestro parece un camión."

Los mismos obreros lograron que Martorell regentara una escuela de Valls, y con las ciento veinticinco pesetas que ganaba, pudo, curtido como estaba en el ahorro, cursar la carrera de maestro.

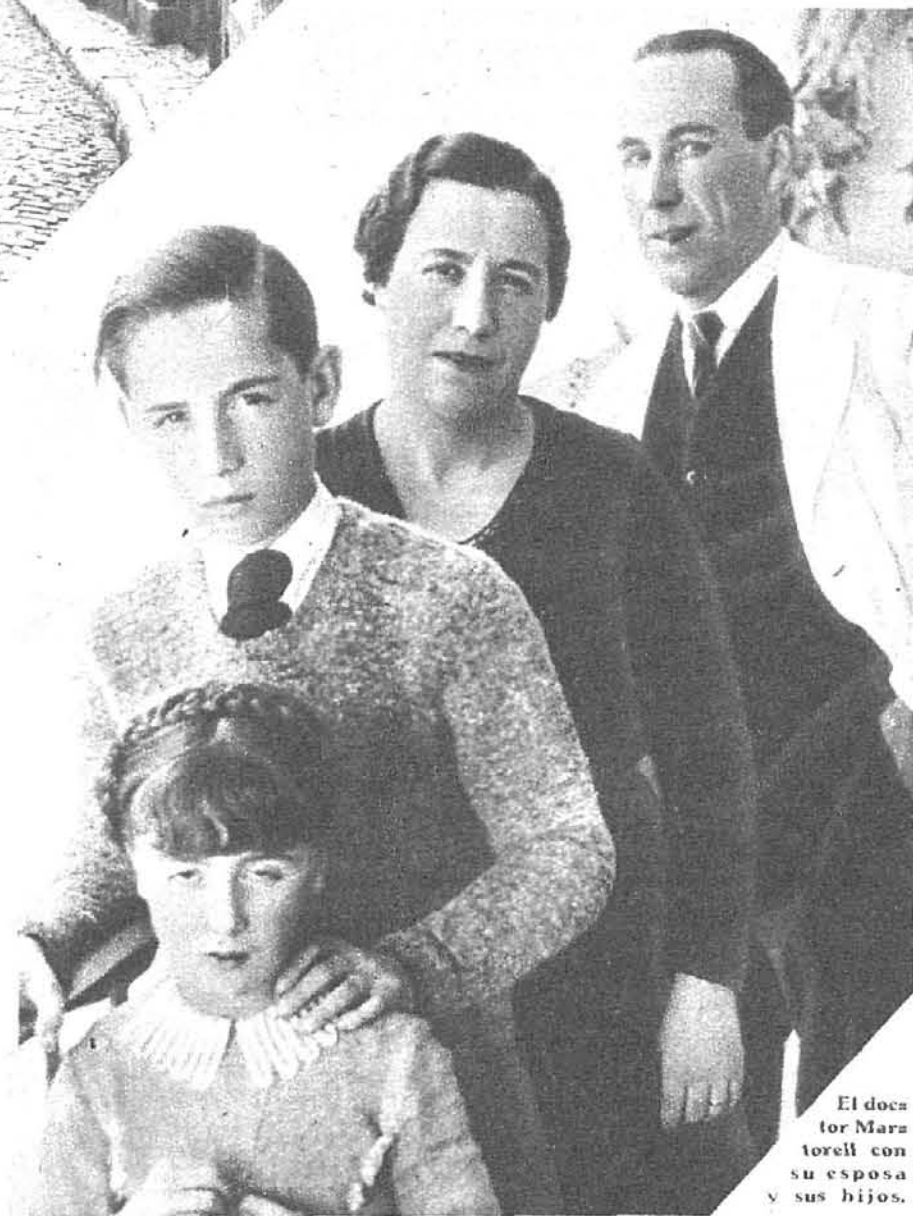
—Intenté solicitar una beca. Todas las gestiones fueron inútiles. Yo disponía del dinero justo para el viaje y la pensión. Ni un céntimo más. Si después de anunciarlos se aplazaban los exámenes, lo que ocurría con demasiada frecuencia, perdía fatalmente los cursos. Terminé, al fin. Había dado el paso más importante. Me nombraron profesor de una hermosa escuela del Arte Fabril y Textil. Hice el Bachillerato y me casé con la que hoy es mi esposa, que me alentó siempre, y a quien debo el estímulo.

Luego, Martorell siguió la carrera de Odontología. Amplió sus estudios en la Escuela Nacional de Puericultura, de Madrid, para alcanzar el título de odontólogo puericultor. Atendía a los gastos dando clases particulares a muchachos madrileños.

—Vivía al final de las Ventas, en el domicilio de



El antiguo maestro pasa ahora todas las tardes en la escuela de Vendrell, que dirigía.



El doctor Martorell con su esposa y sus hijos.

Juan Ferrán, jardinero del Hospital Provincial. El camino lo hacía a pie, y debía madrugar mucho para llegar a la clase del doctor Landete. Sólo falté una vez, a causa de una copiosa nevada. Jamás salí de noche, a excepción del día en que se celebró el banquete de los que salíamos con aquella promoción. París, lo mismo que Madrid, fueron para mí lugares a los que iba a recoger el fruto del esfuerzo personal.

Odontólogo, continuó estudiando Medicina, sin preocuparse de los años, olvidándose de distracciones, sacrificando la juventud. Hacerse médico constituía la suprema ambición. Martorell ganó el título con la calificación de sobresaliente, y en las convocatorias últimas de junio y septiembre quedó convertido en doctor en Medicina y Cirugía.

—¿Y ahora?—le pregunto.

—Ahora he descubierto que mi vocación es la de maestro—responde modestamente—. Me gustaría dirigir la sala de infancia de un hospital, o volver a educar a los pequeñuelos de una modesta escolita.

JUAN PUENTE

(Fotos Gonsanti.)